CUENTOS QUE DURAN LO QUE DURA UN CAFÉ

GIOVANNI VELASCO

Historias pequeñas, pero de grandes finales

Made with PosterMyWall.com

CUENTOS QUE DURAN LO QUE DURA UN CAFÉ

GIOVANNI VELASCO

Copyright © 2022 Giovanni Velasco
Por Amazon — Julio de 2022

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra,
por cualquier medio, sin premiso escrito del autor.

ÍNDICE

El pasajero
El paraguas
El mago
La noche
Mi héroe favorito
El tatuaje
La repostera
El árbol de ciruelas
¿No es magnífico nuestro detective?
El abismo

Un final, más que ser decisivo, debe ser fulminante.

//EL PASAJERO

A Lemic le gustaba el proceso de acomodarse junto a la ventanilla, y ver el lento paso de la luz agrisada de la mañana tiñendo el vidrio. Las calles desaparecían a medida que avanzaba y los sonidos se hacían menos rumorosos. Su rostro reflejaba lo contento que estaba de que no hubiera nadie ocupando el asiento de al lado. Se tumbó bocarriba con las manos detrás de la nuca, perdiéndose por un tiempo en un sueño confortante.

Entre los silbidos de las bocinas, se despertó de repente. El autobús estaba parado en una estación y todavía con la visión disipada observó a su derecha a un hombre no muy alto, llevaba puesto un traje negro, camisa blanca y corbata gris. Traspiraba en forma exagerada, que, a juzgar por su barba, parecía que había salido de un naufragio, y su respiración ruidosa como si se acabara de atorar con un tieso panecillo.

Después de un rato, justo cuando estaba a punto de quedarse dormido de nuevo, escuchó un llanto, descubriendo que se trataba del desconocido, y se sintió encadenado a él por el hecho de estar a su lado. Los difíciles gemidos lo incomodaron durante varios minutos, anhelando cubrirse los oídos para no escuchar a un extraño llorar. Incluso, creyó oír que pronunciaba unas palabras algo confusas que se rompían en un lamento tembloroso.

— ¿Se siente bien, señor? —le dijo, frunciendo el ceño.

—Le dejé servido el desayuno —le respondió, sin mirarlo.

—No le entiendo, señor.

—Yo la sigo queriendo.

— ¿A quién, disculpe?

—A Helena.

—Oiga, que bonito nombre.

—Sí, la amo...

Se quedó en silencio, interrumpido tan solo por su respiración. Lemic consiguió cerrar los ojos, pero de una forma u otra no logró quedarse dormido, al parecer el molesto chillido seguía haciendo eco en su mente.

El desconocido continuaba sin mirar a Lemic a los ojos y ya no hacía ningún gesto, solo murmuraba en tono sepulcral junto con el zumbido del viento que entraba por la ventanilla entreabierta.

—Tiene la amabilidad de cerrar la ventanilla —le dijo —, hace

frío... Ciérrela, por favor, ciérrela.

—Sí, claro... ¿se encuentra enfermo?

—Lo que tengo es incurable.

—Es incurable que cosa.

—El amor.

—Al contrario, el amor es la cura de todos los males.

— ¿Está casado?

—Sí. Felizmente.

—Entonces no me comprendería.

Un almacén de prendas color fucsia pasó veloz ante la ventanilla, más adelante una tienda de caramelos de chocolate lo saludo con su letrero grande y los vidrios brillantes. Lemic dejó de mirar hacia la calle, y con el rabillo del ojo se centró en el desconocido que aún mostraba cierto signo de agitación.

—Siento que algo le ocurre, si quiere le llamo a un médico.

—Le hice el mejor desayuno...

—Eso es muy romántico, debe amarla mucho.

—Pero ella quiere dejarme.

— ¿Cuál es la razón? Si no le molesta que le pregunte.

—Se va a casar con otro. Ella es una maldita...

—Cálmese. Perdóneme, pero creo que es su culpa, no debió de involucrarse con una mujer comprometida.

—Ella me enamoró y ahora quiere botarme como si fuera cualquier basura que se encontró en el camino.

—Le recomiendo que la olvide.

—Me lo dice alguien que está felizmente casado.

Imprevistamente, el autobús frenó de forma espasmódica, violenta y se detuvo al lado de la carretera. A Lemic le sorprendió que hubiera tantos policías esparcidos en todas las direcciones posibles. Tres oficiales y un detective flaco, con el pelo desordenado que más parecía un cantante de rock, dialogaban con el conductor.

—Si ves a esos sujetos… —dijo el desconocido, intentando levantarse.

—Sí, solo buscan drogas —articuló Lemic, dando un vistazo por el ventanal.

El desconocido suspiro, se puso en pie y lo miro a los ojos, unos ojos grandes, palpitantes que detenían el tiempo, como si ocultaran algo más que un llanto.

—Oiga, espere... ¿para dónde va?

—Me buscan a mí, se me olvido decirle... Qué el desayuno tenía veneno.

De inmediato, se apoderó en Lemic un sentimiento escalofriante y los gritos se atoraban en su garganta. Eran los segundos en el que el pánico crece imparable, y poco a poco se le asfixiaba el alma.

Su mirada lunática se le vino a la mente como un trueno oscuro, sufriendo una punzada repentina en el pecho, atrapado en un terror especial que el destino le concedió experimentar. Se sintió perdido en sus propios pensamientos, tratando de buscar alguna explicación, y al no encontrarla apoyó su cabeza en el agrisado reflejo de la ventanilla.

El autobús siguió su trayecto, perdiéndose en una carretera larga y de curvas inesperadas. Lemic recordó a la mujer que besaba su frente cada que abría los ojos ante la leonada luz del sol, y por un momento consiguió la paz de su espíritu, sintiéndose feliz, condenado a su belleza, a su simpatía y a su bondad, aunque él sabía que continuaba aferrado a un encuentro tan extraño que era imposible ver el brillo que pesadamente inundaba la mañana.

—Oh, por Dios... —dijo, y un saltamontes de color café que trajo el viento había impactado en el cristal.

//EL PARAGUAS

De repente, un mosquito había entrado en mi boca, escupiéndolo de inmediato, y dejándome un sabor agridulce en mi paladar. Sin embargo, el retraso del tren causaba que mis piernas no se quedaran quietas. Mientras soportaba las pesadas horas en la estación, se sentó a mi lado la Sra. Madison, ya podía sentir el olor azufre. Ella era una anciana multimillonaria, y creo que pertenece al club de las que piensan que es mejor llegar puras al matrimonio. Estaba un poco inquieto por el hombre que la custodiaba, ubicado como si fuera su sombra, era alto, fornido y de fisionomía afable. La vieja en ningún momento intento mirarme, que ni se atreva, no lo soportaría. Las plegarias no funcionaron, la anciana giró su cabeza perezosamente con dirección hacia mi rostro, me examinaba con cuidado, aunque no necesitaba arrugar el entrecejo notaba que para ella era un bicho raro, una cucaracha cual debía ser aplastada.

—Tú eres el jardinero de la familia Johnson, el que estudió derecho y ahora quiera ser un tonto abogado.

Resulta que terminé mis estudios de abogacía y heredé el viejo bufete de mi padre, él soñaba que fuese un gran abogado, por lo que tomé la decisión de volver a mi condado, Vista Grande, famoso por tener el primer perro con dos colas. Seguro que allí realizaré mi anhelante camino a la victoria y sentarme en la butaca de la satisfacción, comiéndome un emparedado de cordero frío con un poco de mostaza viendo el programa de Asunción Luna, un comediante que imita a las celebridades.

—Por lo que veo, te irás —balbuceó la anciana—. Te vas a reunir con todos esos perdedores que lo único que tienen en sus bolsillos es un montón de maripositas de colores.

— ¿Por qué me lo dice, Sra. Madison?

—La vida es cruel, ¿cierto?

—No. Pero para usted debió serlo.

—Insolente, eres pobre y andarás como un animal hambriento hasta que mueras de hambre.

Me llamo John Bampton, pero mi nombre no va al caso. Tengo treinta y ocho años, de modo que decidí retirarme de la jardinería para encontrarme conmigo mismo y saborear el éxito, no quería morir de hambre como dice la Sra. Madison. En cuanto al matrimonio, mejor no hablo de ello, se invade en mí una ira el cual suele negrear el alma.

Después de Margaret Vernon, quien fue la mujer que más amé, con la que me iba a casar, pero ella decidió dejarme por un hombre con mucho más dinero. Si no estaba mal creo que era dueño de varios restaurantes y en ocasiones cenábamos en uno de ellos bajo el resplandor del amor. Ya había pasado diez años desde que me dejó con el traje de papá, con el que siempre soñó que me casara. Todavía no podía olvidar de las carcajadas de los pocos invitados, de la despiadada forma de burlarse de mi desgracia. De igual manera, la voz eclesiástica del sacerdote culebreó hacia mis oídos y no fue de lamentación, sino algo sarcástica —Por mujeres así, me volví siervo del Señor—. Creo que escogió un mal momento, entonces cerré con fuerza mi mano, sin dudarlo mi puño se hundió en su nariz aguileña y la sangre chapoteó mi traje, ¡amén!

Recordar para mí era ir derechito al infierno, peor aún... como Lucifer me instalaba sus cuernos ¡Oh! Sorpresa, la Sra. Madison ya no estaba, en qué soplo se retiró, no me di cuenta, era mejor así. Tan pronto me abrí de piernas en la banqueta mis ojos se deslizaron hacia abajo y observé un elegante paraguas, supuse que podía ser de la vieja amargada. Qué más da, la tarde era opaca y el cielo no tardara en derramar sus aguas y no quería ver como se inundaban las calles. Los violinistas que siempre tocaban en la estación recogían sus instrumentos, temían en ser arrastrados. Una pequeña niña de repente se me acercó, se sentó al lado, lloriqueaba no como si estuviese sufriendo, sino de ira, cerraba los brazos y hacía pucheros. Opté por la idea de sonreírle pues los niños cuando tienen arranques emocionales suelen ser violentos y crueles, aunque ella parecía un bello angelito.

— ¿Por qué llora, niña?

—Mamá quiere llevarme a la clase de tango.

— ¿No te gusta el tango?

— ¡Odio ese tonto baile!

—El tango es muy bonito.

—También te odio a ti. ¡Tonto! ¡Perdedor!

La niña llorona se puso en pie y siguió su trayecto tratando de escapar de un expresivo baile, que, por cierto, para mí era muy elegante, pulido y demasiado perfilado. En cuanto volví a quedarme solo, en el álgido banquillo escuché la algarabía que indicaba que el vendedor del periódico tenía una noticia que probablemente la persona que deambulaba de un lado a otro quizá le interese, dado que era la única. Qué se difumine con su crónica infame, a nadie le interesa.

— ¡Insólito! ¡Insólito! Mujer de ochenta años quiere quedar en embarazada... ¡Insólito! ¡Insólito! Violador contrae matrimonio con su víctima...

Después de oír al hombre de aspecto poco agradable, clavé mis

ojos en el cielo y una manada de golondrinas se perdían en un bosque de nubes grises indicando que un fuerte aguacero se avecinaba, no se necesitaba ser un prestigioso meteorólogo para saberlo. El viento intentaba arrastrarme y la estación se había quedado sin los susurros, solo se podía escuchar el silbido del aire que amenazaba convertirse en vendaval.

El inquietante mutismo de repente fue acompañado por las grandes gotas que el firmamento desprendió y para mi tranquilidad tenía un paraguas que se abrió como una gigantesca mariposa negra. El agua salpicaba mis zapatos, de paso, me mojaba el pantalón de seda, pero lo que me llamó la atención fue el sollozo de una mujer que se oía a mi derecha, a unos escasos metros. La lluvia flagelaba con fuerza su vestidura blanca, era un largo vestido de novia que se arrastraba limpiando el suelo. Sus pies se inundaban y el velo humedecido se acoplaba a su rostro. Cabizbaja recibía con sufrimiento la lluvia mientras que su inmaculada indumentaria absorbía el agua, cual se expandía en la piel.

Me la imaginé, ella con su vestido blanco y yo con mi corazón acelerado, podía ser la mujer que estaba esperando por años, pero era una tonta idea, quizá fuese una visión en medio de la tempestad. De manera que aparté la vista, poniéndome la máscara del desinterés para que nadie pudiese ver lo cobarde que era, lo insensible. No poseía el encanto de un Casanova, no tenía el don de enamorar, qué le iba a decir, mi vocabulario era escaso. La intranquilidad me invadió a tal punto que secó mi garganta de forma extraña, a lo mejor era porque mis pasos resonaban junto a la lluvia con dirección hacia la dama de blanco. Mi mirada se instaló en su atuendo empapado y me di cuenta de que tal vez no haya podido casarse o quería arrojarse a las vías del tren. No conseguía verle su semblante por el velo que absorbía su maquillaje negruzco, pero quien quiere verla si bastaba con sólo escuchar su voz. Tenía miles de palabras danzando alrededor de mi cabeza, debía organizarlas una por una, formar frases que crearán una buena expectativa en ella.

—Hola, hace como frío —le dije con temblor en la voz.

—Quiero estar sola —respondió con un constante titubeo.

—Te vas a congelar.

—Eso a ti que te importa.

—Mira, tengo un paraguas.

— ¿Por qué no te vas?

—No. Estoy bien aquí.

—Entonces me voy yo.

—No te irás.

— ¡Claro qué me iré!

—No, no lo harás.

— ¿Cómo estás tan seguro que no lo haré?

—Estas aferrada al dolor, y no te dejará ir tan fácilmente.

— ¡Lárgate! No digas tonterías.

—Di todo lo que quieras, si quieres golpéame.

—Quieres que te golpee, ¿estás loco acaso?

Aunque no me golpeó como pensaba que no lo hiciera, lo único que hizo fue gritar como una demente, desahogándose bajo la lluvia, y de su boca emergía un aliento glacial que congelaba sus lágrimas negras. Tuve la intención de ubicar mi mano en su hombro encharcado, pero pensé que era una mala idea.

— ¿Por qué sigues aquí? —me dijo en un tono más neutral.

—Sabes, hace diez años a mí también me dejaron en el altar y lamentablemente quise suicidarme.

— ¿Hablas en serio?

—Sí. Fue una mala mujer, le di todo, veía por sus ojos... la amaba y la respetaba, yo daba mi propia vida por ella.

—Lo siento mucho.

—Pero eso ya quedó en el pasado…

—Todavía debes odiarla.

—No, ya la perdoné.

La lluvia seguía chasqueando el suelo, aún no intentaba mirarme, ni yo a ella, y las miradas continuaban perdidas en un enlutado horizonte.

—Menos mal tengo este paraguas, o sino jamás me hubiese acercado.

— ¿No te entiendo?

—Le temo al agua. Además, podía contraer una fuerte gripe.

Soltó una disimulada sonrisa y pude mitigar su dolor. Supe que ya no se sentía sola y la distancia que nos separaba fue derribada. El lóbrego paraguas ya no dejaba que la lluvia rasgara su vestido de novia.

— ¿Ahora qué vas a hacer? —le dije.

—Lo primero que haré es tirar este ridículo disfraz —su tono enérgico me tranquilizó.

—Muy bien, el primer paso es olvidar.

—Sí. No vale la pena.

—Y aquel hombre se dé cuenta la joya que perdió.

—Que amable eres.

—De pronto, está arrepentido y quiera volver a entrar por ese corazoncito.

—Qué ni se atreva, porque le retuerzo el pene.

—Entonces es mejor que no se arrepienta.

Se escuchó el ensordecedor ruido que revelaba que el tren se aproximaba. Apreté su mano fría, mi corazón se aceleró con violencia

y como por arte de magia la lluvia cesó. La muchedumbre emergió a borbotones con murmullos que abreviaba la alta exteriorización de mi voz. Ella intentaba ocultar aún más su rostro, quizá por vergüenza o su maquillaje se había regado y la hacía ver un poco menos deseada, una mujer no tan aconsejable. Su belleza no me interesaba, únicamente quería que se permitiera reír, nada más.

— ¿Te vas? —me dijo con la mirada en el suelo.

—Sí. Soy abogado…

—Me gustan los abogados.

—Qué bien, y voy mejorando.

—Espero que esa mala mujer se esté revolcando en una cama helada, sin amor... no debió de engañarte; si tú eres una persona muy tierna.

—No sigas, porque me lo creo.

El Orient Express se detenía al frente de nuestras miradas, yo seguía apretándole su mano mientras la rozagante multitud de manera educada abordaba el tren. La dama aún cabizbaja e inmóvil soltó mi mano, entendí su mensaje, debía irme. Cogí el equipaje como si no me quisiera ir, de todas formas, me adentré. Pero no me podía marchar sin antes preguntarle algo que siempre me formó curiosidad.

— ¿Quisiera saber tu nombre? —desajusté un grito.

Ante su húmeda espalda divisé que se detuvo y sin mirarme a los ojos me dijo:

— ¡Margaret Vernon!

Mi corazón dejó de palpitar, como si mi alma hubiese abandonado mi cuerpo. Todo lo veía blanco y los recuerdos emigraban de nuevo a mi mente. Parecía que me dificultaba respirar y pensé no estar muy cuerdo. El tren comenzó a moverse, consentí que debía reaccionar y con la poca fuerza que todavía conservaba pude desgranar otro grito, aunque no tan fuerte, pudiera llagar a sus oídos...

—El mío es ¡John Bampton! ¡John Bampton!

Ella se volteó con extrema ligereza y fue como si se hubiese descongelado. Apartó el velo de su cara y alzó la cabeza, como olvidarla, efectivamente, era Margaret.

Enseguida introdujo sus pupilas en las mías, pero surgió en mí, la necesidad de bajarle la mirada; la dejé como aquel cadáver que no pudo cerrar sus ojos, y de nuevo, el destino nos fue separando.

//EL MAGO

—Hoy es la noche en que desaparecerás ante miles de espectadores —dijo el mago haciéndole una mirada seductora al espejo—. Seré famoso y perteneceré al club de los mejores magos del mundo.

—Y yo encantada de ser tu esposa —dijo Kendra.

—Luego besarás mis pies, y dejaré de comer esos asquerosos frijoles que tú preparas.

Dentro del coche, Kendra parecía mucho más alegre que en el otoño, era cómo una especie de cuento de hadas. La cadena que por años ataba sus sueños, ya se había desatado pues casi siempre las palabras de su esposo la denigraban.

El mago no tardó mucho en dejar al descubierto su elegante traje por la alfombra azul. Entró saludando por la iluminada boca del coliseo de las estrellas de la magia, y su risita se confundía con los refractores de las cámaras que apuntaban con más insistencia a los veteranos magos del país, los que hacían desaparecer trenes y aviones en fracciones de segundo.

Kendra podía oír el murmullo de su respiración, rápida y honda. Caminaba detrás de su mago, el que muchas veces le regalaba rosas que salían de la mano, el que con la telequinesia le abría las ventanas para que la luz matinal arrullara su cuerpo desnudo.

Pero poco a poco, su sonrisa se iba desgastando por la tonta idea de su esposo en ser un prestigioso mago. Esa idea le había helado el cerebro y lo dejó incapaz de sentir, no dándose cuenta de que a su lado había una mujer que necesitaba ser acariciada por dentro y por fuera, y pudiera despertarle de nuevo el amor incontrolado.

Desde atrás llegó la luz azulada, y hacia el escenario se dirigió el sexto mago principiante, pero la diferencia estaba en la música, que más bien era un desbastador ruido para los tímpanos de los espectadores. El que emergió de la oscuridad y mostrando los dientes era Papini experto en sacar de su sombrero de copa libros infantiles. Los miles de ojos estaban fijos en él, más que en su rostro que en su incompetente magia. Los periódicos dos meses atrás le dedicaron la primera plana: *"MAGO TORPE SACA DE SU SOMBRERO UNA REVISTA PARA ADULTOS EN UNA FIESTA INFANTIL"*, nunca se imaginó que entre los padres hubiese un jugador de rugby, que con dos golpes le desfiguró el rostro.

—¿Y si nos escapamos? ¿Y si nos besamos bajo la luna? —dijo Kendra mirándolo a los ojos.

—Mi madre tenía razón, eres una cursi —dijo el mago fríamente.

— ¿Ella dijo eso?

— ¡Sí! ¡Cállate!

El mago dio un paso hacia delante, y con un agradable baile se ubicó en el escenario extendiendo los brazos. La luz azulina se le introdujo por el traje que había alquilado, él pensaba que era mejor así, pues siempre le pareció que su esposa era una modista fracasada.

De pronto, levantó la mano y detuvo los aplausos. Su otra mano señaló hacia la penumbra, y con los ojos le ordenó a Kendra que debía salir al escenario. Empezó a caminar, sentía los tendones de las piernas ardientes y temblorosas. Intentó recuperar el ritmo fácil que había practicado, y poco a poco comenzó a encontrarlo, pero con el ritmo se le vino a la mente que había llegado el momento, no habría otra salida.

Kendra se detuvo en el centro del escenario y la luz se infiltró en su leonada cabellera. El mago ordenó que bajaran el cajón de cristal, metiendo a su esposa en él.

—Bajen la manta —dijo.

La frazada blanca fue envolviendo el cajón de vidrio, y Kendra parecía estar sonriendo, como si se hubiese despojado de su horrenda mascara inexpresiva para ver el acto final de su esposo.

No tardaron mucho en levantar el cajón de vidrio quedando pendió en el aire, a la altura de la cabeza del Mago.

— ¡SUELTEN EL CAJÓN! —gritó el Mago de repente.

El gancho metálico soltó la caja de cristal, de inmediato el mago tiró de la manta haciendo crujir el aire, mientras los ojos de los espectadores se desorbitaron al ver que Kendra había desparecido junto con el cajón de vidrio. No tenía idea de cuánto tiempo llevaba allí escuchando los aplausos. Tampoco sabía con qué palabras expresar la extraña sensación de alegría que lo había invadido cuando oyó a los grandes magos decir: ¡Te queremos en nuestro club!

Se esforzaba en mantenerse tranquilo, porque si conseguía mantener la calma, era posible que le creyeran que era un profesional.

—Oye tú, no piensas volver aparecer a tu esposa —dijo un hombre bonachón, soltando una carcajada —. Si quieres puedes también desaparecer la mía.

El mago dio un grito sin que nadie lo esperara, fue más bien un grito rugiente porque era la hora de regresar a Kendra al mundo real.

Los espectadores guardaron silencio. El mago tomó la manta y la instaló en el grueso gancho metálico. De golpe, cerrando los ojos tiró de nuevo de la manta, fuerte, seguro, sin sonreír.

Solo cuando un mismo ruido de asombro se escuchó, volteó a ver

por encima de su hombro y se dio cuenta de que su esposa no estaba allí, dentro del cajón de cristal. Formas enormes e imprecisas entraron a través de las pupilas, trasformando su mirada en horror. Chirridos mecánicos golpetearon su pecho y sintió que las piernas se le aflojaban como una marioneta.

— ¡Oh! Qué farsante y repugnante eres —dijo alguien.

— ¡Farsante! ¡Farsante! ¡Farsante!

El mago se arrodilló, llorando entre el cajón de cristal y los espectadores mientras llovían chiflidos y burlas. No podía era dejar de temblar, se quedó mirando el cajón vacío esperando a que Kendra apareciera de la nada y todo fuera un mal sueño.

El organizador del espectáculo se le acercó, un hombre que se la pasaba más acomodándose su cinturón que otra cosa, y apoyó su mano en el hombro del derrotado mago.

—Si fuera tú, me iría... —dijo con voz de decepción.

En la Estación de trenes el silencio era total e intenso, salvo por unos pasos ruidosos que llegaban a los oídos de un hombre de facciones afables, sentado en un banco.

—Pensé que no vendrías —dijo el hombre.

—Tuve que esperar que hiciera ese estúpido truco, ya me tenía harta.

—Te amo... —dijo el hombre mirándola con un amplio deseo.

Enseguida Kendra le acarició el rostro, y de los ojos comenzó a brotarle amor, momento en el que la noche ocultó su más apasionante beso.

//LA NOCHE

Martina tristemente levantó los ojos, estando en cuclillas parpadeó oculta en un montón de matas de café. Cuanto más pensaba, más se preguntaba: ¿por qué alguien quisiera asesinarlos?

El cielo montaba una escena de farolas, y envueltos entre la yerba los chillidos de las cigarras formaban una tranquila orquesta nocturna. El malhumor de Mauro estalló de repente, pues extrañaba la comida que había dejado en el piso y que existía la posibilidad de que el gato ya se lo hubiese comido.

—Me estoy cansando —dijo Mauro.

—El señor Salustiano dijo que nos quedáramos aquí —ordenó Martina.

—Tengo frío.

—Ponte mi saco.

—Ese saco es de la abuela.

—La abuela no te jalara las patas, ella era buena.

El leve soplo del viento golpeteaba el tejado mientras la brisa se salpicaba entre los árboles sofocando el tintineo de las gallinas.

— ¿Dónde está el señor Salustiano, mamá? —dijo Martina.

—Por ahí anda, se ha fumado más de cuatro tabacos.

— ¿No le hace daño?

—Ya está acostumbrado…

El chapoteo de las luciérnagas en el húmedo oleaje de la yerba se cruzó ante la mirada indiferente de Mauro, que había empezado a retorcerse de impaciencia.

—Me iré de aquí —dijo Mauro.

—Espérate ahí, no lo hagas.

—Eres una tonta, aquí no pasa nada.

—Hay que saber quién mató a la abuela y a papá...

El aroma de la salvia se perdía en el oscuro aire, donde Salustiano con el dorso inclinado se fumaba su quinto tabaco. Luego bebió un poco de agua de yerbabuena y escupió hacia arriba, segando el destello temeroso de la luna.

—Hay que hacer algo, o si no se mueren —dijo Salustiano.

El temor fluía, sin que nada lo detuviera.

— ¿Por qué la tía la Nicolasa no vino? —dijo Martina.

—Está enferma, había que dejarla descansar.

Martina de pronto se palideció, y dejó escapar un gemido. Mauro no sabía si causado por el frío o porque habría visto algo espectral. También sintió que Salustiano se le acercó con el semblante arrebatado y brillante de sudor, a decir verdad: su expresión era lo bastante confusa.

—Ya viene... —dijo Salustiano.

— ¿Quién?

—La bruja.

—Esperamos en Dios que se vaya al infierno.

La mujer llevaba puesto una larga túnica oscura que se arrastraba removiendo la tierra. No manifestaba el rostro y sus pasos eran tan finos que no partían las hojas secas. Se detuvo frente al hoyo donde sacaban el agua para preparar los alimentos, se subió la túnica y sonrió con el crujir de las ramas. Ella comenzó a excretar en el hoyo al tiempo en el que Mauro al verla quiso gritar, pero Martina le taponó la boca con las manos, tan fuerte que le mordió los dedos.

—Quieto, quieto niño... La maldita bruja no se saldrá con la suya —dijo Salustiano.

La sombra lánguida de la mujer que caminaba con inusitada claridad entró a la cocina bañada en barro. Ubicó tres plátanos en el fogón improvisado y cinco rebanadas de pan junto a siete huevos que rodaron por la humeante hornilla.

— ¿Por qué quiere hacernos daño?

—No sé, hija... no sé.

Mauro cerró los ojos para no verla, pues la mujer se instaló en el centro del patio y sacó de su mochila de tela un frasco donde se abalanzaba un líquido amarillento y verdoso. Bebió un poco, y luego escupió entre dientes rociando el aire.

—Iré por la tía Nicolasa —dijo Martina.

—Espera, ya es tarde.

La mujer inclinó la cabeza, se limpió la boca y empezó invariablemente a decir palabras en un lenguaje extraño, indescifrable que se disolvía en la oleada del viento. Decidió caminar alrededor de la casa exponiendo su porte sonriente, daba vueltas y danzaba con una agradable sensación de placer.

— ¿Lloras, Mauro? Orita termina todo.

—Tengo sed.

—Aguántate, aguántate.

La mujer de la túnica oscura no se imaginaba que Salustiano la seguía impasible y en silencio, devolviéndole el maleficio. Salustiano alzaba el crucifijo de madera hacia la esfera blanca y cristalina que se envolvía en el cuello de la montaña más alta.

—Virgencita, socórreme... —dijo Mauro.

Mauro con el latido acelerando, como si su corazón diera golpes

ahogados, presurosos en su pecho. En cambio, Martina inexplicablemente se había quedado dormida al lado de su madre, que hacía lo mismo, aunque apoyando la cabeza en una frágil rama de café.

—Despierten, despierten...

Mauro se perfilaba a observar aquella forma oscura destapar su rostro, pero de la nada apareció Salustiano arropándole los ojos con las manos, como si fuera una blanca manta.

— ¿Cómo es?

— ¿Qué es qué?

—La bruja.

—Si no fuera porque eres miedoso te dejaría que vieras.

Después de que Mauro parpadeara tres veces, se dio cuenta de que la mujer de la túnica oscura había desaparecido ante la impureza de la noche.

— ¿Se fue? ¿La dejaste ir?

—Ella morirá, pues los gusanos le saldrán por la boca y la ahogarán, mientras la primera luz del día la secará.

Las montañas parecían olas que desgarraban en mil astillas los rayos del sol y en secreto derretían la yerba helada.

—Vayan a la casa de la tía Nicolasa —dijo la madre.

Un azulejo como un viento azul gris pasó por el tejado de la casa, y el grito de Martina interrumpió el alba cantarina a lo que una mancha de sol se deslizaba por la pared.

—Vamos a entrar tía, no se vaya a enfadar —dijo Martina.

Cruzaron la puerta, había un pequeño pasillo que los condujo a una habitación de suelo polvoriento. Se detuvieron de repente y se llevaron las manos a la cabeza.

— ¿Está muerta? —dijo Mauro.

Martina dio dos pasos hacia delante, sintiéndose al filo de un abismo. Notó que las venas de la cara salieron a la superficie con violencia, como si alguien la hubiese estrangulado. Martina miró por encima del hombro y se dio cuenta de que Mauro se agitaba de nuevo y de su garganta se le brotó un profundo quejido. Ella sabía que debía sacar a su hermano de la habitación; pero había sido demasiado tarde, ya los ojos enviaron la imagen a su memoria que difícilmente podrá olvidar.

Mauro comenzó a temblar, eran tantas las cosas que parecían sueños, aunque lo que había visto no era más que una situación real. Sintió el corazón retumbándose en sus ojos abiertos de par en par, pues no podía borrar de la mente los gusanos que se asomaron entre los renegridos dientes de la tía Nicolasa.

//MI HÉROE FAVORITO

Mi nombre es Santiago. Bien, me pongo el tapabocas y con la punta de mi zapatilla de deporte de color blanco le doy un golpecito a una de las cajas con la mercancía, pues me pareció ver una cucaracha. Quiero estudiar como los otros niños hacen, pero tengo que trabajar, sino quiero morirme de hambre, pues un año más atrás, cuando yo cumplí los diez años, sucedió una cosa terrible y a partir de ese momento solo hubo un antes un después. Mamá había muerto, el virus acabo con sus pulmones y a los cinco días dejó de respirar.

Mi padre y yo trabajamos vendiendo zapatos de segunda en el marcado. Le llevo la comida antes que se enfríe, esta vez no quiero que me insulte o me golpee. Mi abuela trata de ayudarme, pero ella se hace vieja y, francamente, empieza a perder el juicio; las señales de su deterioro mental han sido imperceptibles al principio, como olvidar comprar los comestibles o llamar a mi padre con el nombre de mi tío. Su progresiva demencia ha adquirido un giro cruel.

Ya estoy entre las personas del mercado que gritan intentando vender algo en el día y así llevar comida a sus hogares. Sin embargo, primero tengo que entrar a la juguetería más grande del mundo y ver unos de los juguetes que más anhelo tener entre mis manos, es un superhéroe muy famoso: el Hombre Araña.

— ¿Cuánto cuesta? —le digo al vendedor.

— Para qué si no los vas a comprar. No me hagas perder el tiempo.

A lo mejor debe ser costoso. Sigo mi camino esquivando a las personas, aun si, se tropiezan conmigo. La comida pesa toneladas y se siente que todavía está hirviendo como si estuviera cargando el mismísimo infierno, podría hasta derretir el polo norte, eso creo. Me detengo a descansar unos minutos, porque me duele el brazo de llevar tanta comida que, a la fija, mi padre no se la comerá, dejándola ahí para que yo me la coma, según él, yo soy un tragón de lo peor.

De repente, me topo con Milo, un amigo que vende dinosaurios de hule, y debe caminar de un lado a otro con el sudor brillándole en el rostro si quiere que sus prehistóricos juguetes caigan en manos de niños mimados.

— ¿Cuántos has vendido? —le digo.

—Nada. Una señora me compró dos dinosaurios con un billete

falso.

—Es una maldita…

—Tengo miedo ir a casa.

Tengo que dejar a mi amigo con sus lágrimas, pues debo darme prisa, papá debe estar que explota como las granadas que veo en las películas de acción, y no quiero que su cinturón lesione mi manguito rotador. Tuve que ponerles turbo a mis zapatillas, pero consigo ver no una juguetería, sino a dos chicos que están robando a una señora que vende camisetas estampadas de Harry Potter. La amenazan con una navaja y las personas que transitan por el lugar solo observan, pero no hacen nada para impedirlo. No voy a negar que también siento miedo, sin pensarlo mucho agarro una piedra, me voy acercando sin que ellos me vieran y abro la sopa que aún está caliente, como lo dije antes, puede derretir hasta un iceberg. Lo único que hago es derramarle a uno de ellos la sopa en su cicatrizado rostro; a lo que se cubre con sus manos y el grito es ensordecedor. El otro delincuente me mira con odio, noto en su mirada el deseo de hacerme daño; pero antes le doy con la piedra en su frente tatuada y me lanzo encima de él. Le propino varios golpes, como hace mi padre, estoy completamente poseído por todos los demonios del infierno. Sin embrago, la policía impide que sean golpeados por la ira de la humanidad mientras que el comandante se presenta ante mí y me acaricia la cabeza al tiempo en el que hombres, mujeres, niños y ancianos me aplauden.

—Eres un niño muy valiente —me dice el Comandante.

Solo hay un pequeño problema, estoy observando la sopa de mi padre derramada en el suelo, ya casi lamido por los perros. Ahora que le digo a papá, de seguro me golpeará otra vez. No resisto y me suelto a llorar delante de todos, que vergüenza. Uno de los oficiales me dice que los héroes no lloran; pero soy un héroe con papá que se deja dominar fácilmente por la ira y por esa razón mis moretones en los brazos se comienzan a ver.

Ahora bien, me presento ante mi padre y no sé qué decir, solo espero que él dijera sus primeras palabras…

— ¿Dónde está la comida? —me grita.

—Se me derramó en el camino —le digo mientras acaricio mi superhéroe favorito, el Hombre Araña.

El cielo estaba encapotado. Nova abordó el autobús y se sentó junto a un hombre delgado con aspecto de no haberse afeitado en un mes.

— ¿Qué haces aquí? No estabas en Verona... disfrutando del amor —dijo Nova.

—No.

— ¿Por qué no me llamaste?

— ¿Debería?

—Sí, soy tu hermano, el único en el que puedes confiar.

El hombre viró su rostro a la ventanilla, se vio a sí mismo, un reflejo inmóvil respirando en medio de una coincidencia.

— ¿Y cómo se encuentra tu italiana? —dijo Nova.

—…no le gusta usar ropa interior, y quiere tener sexo todos los días... pronto será la boda.

—Al fin dejarás de ser un puto —dijo golpeándole el hombro izquierdo.

El hombre afirmó con la cabeza y sonrió, pero rápidamente hubo un desvanecimiento en su sonrisa.

—Debería preocuparte el papá mafioso.

—Su padre es un idiota que juega a ser mafioso.

—Un idiota que te puede mandar a picar.

—Estaré bien...

Con calma, se levantó y apoyó las manos en los hombros.

—Debo descender... Te enviaré invitaciones, saluda de mi parte a Lamorid.

Nova lo vio perderse entre la multitud mientras la lluvia emborronaba la ciudad.

Llamaron a la puerta. Nova estaba en pijama y sin pantuflas: eran las diez de la noche.

— ¿Lamorid? Ella tiene llaves...a lo mejor es mi hermano...

Fue y abrió. Era un hombre desconocido, joven, de barba cuidada con el rostro hinchado, como si le hubieran extraído las cuatro cordales, le habló:

—Soy el detective Roso.

— ¿En qué lo puedo ayudar?

—Encontramos a su esposa.

—No comprendo...

—… está muerta.

Un aire cortante rasgó su rostro, leve y galopante, lo hizo apretar los ojos precipitándose por la oscuridad del dolor hasta que llegó al último beso.

Roso al volante por la carretera 41, miró por el rabillo del ojo las manos de Nova que se atrapaban tensamente.

—Nunca ha visto lo que va a ver —le advirtió.

—Era torpe para conducir.

—Fue asesinada… quiero que lo entienda señor Nova. Por eso necesito de su ayuda...

El detective Roso aparcó su camioneta junto a un coche patrulla, frente al letrero luminoso y chispeante que se prendía y se apagaba.

—Motel Montesas... —balbuceó Nova.

—Lindo, ¿no?

—No sabía que existía.

—Es un motel barato.

Las molestas luces rojas y azules parecían pulverizar sus ojos. Ingresaron al lugar y fueron a la habitación 86. Estaba desnuda, bocabajo y con la cabeza cubierta en pétalos blancos.

—Al parecer fue con Excedreno —indicó el detective—, es un veneno usado por los góticos, según ellos para no llegar a los treinta. Su cuello fue dislocado y hallamos tres condones, dos botellas de vino y un bisturí.

— ¿Si la envenenaron para qué torcerle el cuello?

—A lo mejor el veneno no fue suficiente y el asesino no tuvo más alternativa que hacerlo.

— ¿Rastros?

—No. No hallamos ninguna huella.

Nova sacó la billetera, y no quiso ver otra cosa que no fuera la fotografía de su hijo.

—Algo me llama la atención...—dijo el detective observando su libreta de apuntes—, el tatuaje abajo del ombligo, que el homicida intentó borrar con el bisturí.

—PIFUZ —murmuró Nova—, así me llamaba cuando estábamos en la intimidad.

Inconscientemente miró hacia otro lado con el miedo infiltrándose en todos los huesos. La imagen del cadáver de Lamorid le revolvía los intestinos.

—No fue violada... su esposa conocía al homicida.

—Es claro, qué otra cosa podía haber estado haciendo aquí. No sé cómo lo puedo ayudar…

—Encontramos esta fotografía entre las sabanas, supongo que este es usted…

—Sí, esto fue en un crucero… ¿Pero por qué han rayado mi cara?

— ¿Y quién es el de la izquierda?

—Es mi hermano…

—Entonces este pequeño debe ser Marcus.

—Sí…

— ¿Se siente bien?

—No, dígame qué tiene que ver la fotografía con el homicidio.

Los dos se miraron durante un largo minuto. Nova percibió algo más en los ojos del detective, como si estuviera reteniendo la verdad.

De pronto, un hombre rapado y de ridículo bigote entró.

—Él es mi amigo Dominik, el recepcionista —dijo el detective—. Él tiene algo que decirle.

—No me interesa, solo quiero irme de aquí.

—Él sabe quién lo hizo.

Nova titubeó, mientras miraba el rostro abstraído del recepcionista…

— Si quiere saberlo debe darme un tiquete a Alaska.

— ¿Alaska?

—Sí, señor… debo proteger mi vida.

Nova miró al detective, con fugaz inquietud.

—Está bien, se lo daré.

—Su esposa era cliente habitual, usaba la misma habitación siempre, y anoche ella lo sacó del cuarto, casi desnudo… Se veía enfadado.

—Eso no vale un tiquete a Alaska.

—No me ha dejado terminar señor… aunque él tenía una gorra que oscurecía su rostro… alcancé a ver en su brazo izquierdo un tatuaje con unas iníciales.

— ¿Siempre venía con el mismo?

—Sí, eso creo.

—Más bien creo que estoy perdiendo el tiempo con usted.

—Las iníciales eran D, M, L… —intervino el detective

—Vaya olvidándose de conocer Alaska—le dijo Nova al recepcionista.

El detective Roso sacó una cámara fotográfica y ubicó la pantalla ante él.

—Recuerda que le dije que se preparara para lo que iba a ver…

—Sí, lo recuerdo muy bien, pero ya lo vi todo.

—Eso es lo que cree… Dele un vistazo a esta imagen, es la misma fotografía que le mostré anteriormente… Aumento la imagen… aumento un poco más y observe el brazo izquierdo de su hermano…

—Su novia es italiana, se llama Dina Moretti Lanceloti. Debe ser

eso.

—Por ahora su hermano es el único sospechoso.

—Debe haber una equivocación.

—No lo creo.

Nova se pasó la mano sobre su cara y se quitó el sudor pegajoso de la frente.

—Que me sugiere.

—Usted es un hombre muy creativo...

Un enjambre de odio y de asco le subió por la garganta, causándole un excitante deseo.

—Déjelo en mis manos... ¡Yo me encargó! —dijo.

— ¿Qué piensa hacer Nova?

—El padre de Dina es...

Nova miró por última vez el cadáver de Lamorid y sus ojos, libres de toda lágrima dejaron la habitación al tiempo en el que una idea macabra saboreaba su mente.

//LA REPOSTERA

Lorna Pierantoni entró a la cocina bañándose en una voluptuosa luz blanca. Se desvistió, y en un gesto de desagrado trataba de ocultar sus sonoros sollozos. Se puso la vestimenta de repostería encima de un derrame de sufrimiento, luego instaló en su cabellera castaña oscura el toque *blanche*.

Pero Erwin que la conocía bien, le pasó la mano por la espalda y la miró con toda libertad.

— ¿Qué tienes? —dijo.

—¡Aléjate!

—El jefe quiere que hagas un *Fiori Cream*...

—¡Demonios! Acaso es viernes.

—Es una noche especial, Valentín Cuervo está aquí, parece que tiene una nueva conquista, es una sexy japonesa.

—Es un miserable... ¡Un canalla!

—Si quieres dilo más fuerte, para que te escuche, seguro quiere oír tus lindas

palabras.

En la sala decorada en un color naranja escarpado se hallaban varias mesas, en especial una, donde había arroz frito y verduras salteadas más una bandeja de *Teriyaki,* en el que el olor se combinaba con unas voces.

—Nunca pensé estar en el Zafiro Jouin —dijo la japonesa—. Tiene ese toque exótico, y esas influencias tailandesas que no puedo dejar de mirar.

—Todas las japonesas son así, ¿atractivas?

Ella le contestó con una sonrisa. De inmediato, Valentín sintió una especie de punzada en la entrepierna que le decía que era el momento de invitarla a la mansión Cuervo. Fingió que estaba distraído, pensando en otra cosa, pero sus ojos decían lo contrario, se deslizaban excitados por el adorable cuello de la japonesa hasta imaginarse con sus piernas envueltas en una piel taciturna y deseosa.

— ¿En qué piensas? —dijo la japonesa.

—En cómo robarte…

Se sonrojó, dolida de timidez.

—Me parece más bien que tienes trabajo mañana.

— ¿Trabajo? Sabías que trabajar cincuenta y cinco horas a la semana y que está científicamente comprobado… Morirías de un

infarto.

—Qué cosas dices...

Su mente se llenaba de fantasías cada que miraba la forma de los senos dentro del vestido, acumulando el éxtasis, la agitación del deseo.

De repente, la repostera se ubicó al lado de la mesa.

—Aquí está su postre, un delicioso *Fiori Cream.*

—No puede ser... —dijo la japonesa en tono titubeante—, la mismísima Lorna Pierantoni... eres mi repostera favorita. Saliste muy bien en esa revista.

—Qué amable; y que afortunada eres... no todo el mundo puede comerse un *Fiori Cream* un miércoles.

Se engulló un trozo del postre, y su paladar se atiborró de un sabor indefinible. Cerró los ojos, y comenzaron acaecer leves gemidos. Parecía extasiada como si estuviera trasportándose hacia una dimensión orgásmica.

La japonesa abrió los ojos y se dio cuenta de que la repostera seguía a su lado, mirando a Valentín con las pupilas dilatas y brillantes. Sin esperarlo, ella se cubrió el rostro con las manos que desbordaron lágrimas, fundiéndose en un jadeante llanto.

—¿Qué te sucede? —dijo la japonesa.

Lorna Pierantoni desnudó su cara, empapada de consternación y de ira, como si el infierno quisiera emerger por sus ojos.

— ¿Por qué me miras así? —dijo Valentín, echando su cabeza para atrás.

—Eres un maldito, un canalla.

— ¿De qué estás hablando?

La japonesa se levantó irradiando confusión, y la elegante silla francesa se volcó.

— Qué te crees infeliz, que puedes jugar conmigo.

—De qué manicomio te saliste.

—Ahora la loca soy yo... Eres un hombre repúgnate, un gusano asqueroso, un idiota despreciable.

Valentín, espantado, lanzando miradas hacia todas las direcciones, y cómo los comensales que ocupaban el restaurante la veían con tanto temor, olvidándose de respirar.

—Deberían comerte los buitres... No, no, ni los buitres te comerían... ¡Escoria!

Valentín no podía encontrar las palabras necesarias para defenderse, no sabía de qué otra forma detener su repentina demencia.

Ella comenzó a caminar en semicírculo quitándose su mandil y su toque *blanche*.

—Tengo una mejor idea, voy a castrarte y echar esa cosita para

que se lo coman los perros...

Los labios frescos de Valentín ahora eran pálidos y tiritaban como si tuvieran atrapados en un congelador.

—Me parece que tienes miedo, pero sí que me disfrutaste... ¡Te Maldigo! Ahora es mi turno, disfrutaré degollándote, así lo hacen con los puercos.

La repostera, en su actitud de frenesí agarró un cuchillo de la mesa vecina; pero siete de los camareros la detuvieron mientras Valentín se tumbó de la silla, con el sudor en la frente que le hacía parecer un actor haciendo el papel de la próxima víctima de un asesino en serie.

— ¡Suéltenme! ¡Suéltenme! Voy a matarte desgraciado, pedazo de basura... Lo lamentarás, no creas que te vas a escapar... ¡Te sacaré las tripas!

—Bruja loca.

Valentín desplazó su mirada horrorizada hacia la salida, y arrastrándose casi gateando abandonó el restaurante, llevándose con él su descolorido rostro, con un sudor brillante poco inusual. Corrió sin detenerse por las calles rociadas de luces sobrenaturales, justo cuando la noche acababa de comenzar.

En la cocina, Erwin se alejó de la puerta que estaba junto a la columna de cristal, susurrando...

—No sabía que Lorna también fue su... ¿Cómo lo hace?

Lorna Pierantoni dejó el restaurante por la puerta de atrás llena de ira que le hacía romper en llanto, un llanto que se hacía aún más desesperante. Sus pasos lentos, serpenteantes... A decir verdad: no quería llegar a su apartamento, pues sentía asco dormir al lado de su esposo que roncaba como un cerdo maloliente.

//EL ÁRBOL DE CIRUELAS

— ¿Qué hacemos en la biblioteca?

—La profesora me dijo que leyera una novela si quería mejorar la nota.

—Suerte con eso, yo me voy.

Renato miraba con atención el árbol de ciruelas que estaba sembrado en el centro de la pequeña biblioteca del pueblo. Comenzaba a mecerse hacia atrás y hacia delante, haciendo que las ramas crujieran interrumpiendo el eterno silencio de los libros.

—En que lo puedo ayudar, jovencito —apareció la voz de la bibliotecaria.

—Necesito leerme una novela.

— ¿Qué clase de novela?

—No lo sé...

—Sígame…

La bibliotecaria le mostró siete monstruosos estantes mientras que a Renato se le hincharon los ojos y dejó escapar un alarido.

—¡Todos esos libros!

—Elija cualquiera, todas son maravillosas novelas.

Cuando Renato estaba en el segundo estante, refunfuñando con cada título, oyó un ruido. Levantó la cabeza, miró por encima del hombro y notó que detrás de él se hallaba una niña con el vestido rasgado. De repente, se ocultó. Se le cortó la respiración por una milésima de segundo y avanzó lentamente, por lo que comenzó a revisar, pero no había nadie. Se topó con una puerta lo bastante extraña; sin pensarlo mucho, decidió abrirla. Era una angosta habitación con manchas de húmeda y dos corroídos estantes. El sitio producía un desagradable y penetrante olor, al parecer lo que había allí no era más que libros donde se acumulaba el polvo de años hasta darle un aspecto de abandono.

De pronto, se oyó un golpe en el suelo, más bien fue un ruido leve que ocasionó en Renato una tensa calma. Después averiguó que sólo se trataba de un libro que se había desprendido del estante. Pero, así y todo, con el corazón latiéndole más de lo normal decidió analizarlo. Leyó el título en una voz susurrante:

—*La muerte de Heidi*... Se ve entretenido —dijo, aunque si le llamó la atención sus setenta páginas, causando en él una cómoda sonrisa.

**

Era el octavo día, y Renato al ver que le faltaba solamente tres páginas sintió una absoluta sensación de triunfo.

—Qué historia tan trágica —murmuró—, una niña con una rara enfermedad y un padre lunático que decidió ahogarla con la almohada mientras dormía.

El último párrafo galopó en sus ojos, arrastrándolo, y dejó que la respiración que encadenaba se le escapara en un suspiro, largo y lento.

< <Tallé su nombre en el árbol que muchas veces le vi dormirse. Tomé la decisión de cavar toda la noche junto al árbol, y bajo una luna temblorosa arrojé su frágil y delicado cuerpo. Sería casi admitir que iría a parar al infierno, pero antes la voz de la oscuridad me afirmaba que su carne había estado maldita. > >

Una vez terminó, sus pupilas en estado de perplejidad se deslizaron a la página setenta, encontrándose con una ilustración en blanco y negro. El dibujo era simplemente un árbol muy frondoso, quizá el mismo árbol donde estaba sepultada Heidi.

De golpe, Renato oyó de nuevo el crujir de las ramas del árbol de ciruelas, sintiendo la oleada del viento, un viento gris e intratable. El sonido estremeció su corazón, y observó por encima del libro aquel árbol. Bajó la mirada, vio el dibujo otra vez, levantó nuevamente los ojos y las manos se le habían convertido en un charco de sudor.

—Parece el mismo árbol… —dijo.

El miedo le apretó la garganta, y de repente, junto al árbol apareció de nuevo la niña; pero esta vez tenía puesto un vestido ensangrentado. Renato apretó los ojos, se quedó así durante un largo rato; pero al abrirlos vio que ella se abalanzó hacia él con la boca abierta, lazando una especie de gruñido. Él se echó para atrás, y arrojó el libro con la mala fortuna que cayó justo al lado de los tacones de la bibliotecaria.

—Oiga, jovencito... ¿Qué le pasa? recoja ese libro…

Renato se levantó confundido, con el corazón acelerado como el de un gatito atrapado en una perrera. Sus pupilas dilatadas comenzaron a moverse con dirección al árbol de ciruelas. Sus manos acariciaban el tronco y dejó escapar un largo quejido, pues sus ojos reflejaron el nombre de Heidi tallado en el árbol. Dio un paso hacia atrás y bajó la vista, sabía que estaba sobre el cadáver de Heidi.

El cielo dejó ver un aspecto desagradable ante una mano que se había posado en su hombro. Se esforzó para ver, pues no quería terminar en un manicomio, pero descubrió que solo se trataba de la bibliotecaria.

—Ya es hora de cerrar—dijo.

// ¿NO ES MAGNÍFICO NUESTRO DETECTIVE?

Era poco más de medianoche. El detective Aguilar con los párpados enrojecidos dejó desplomar su cabeza sobre las veinte fotografías de las víctimas del asesino del bate. Pero al dar su primer ronquido, escuchó una voz.

—Señor, venga conmigo... La hiena ya no se ríe —dijo el agente Vicuña.

Se puso en pie, y soltó una sonrisa perfecta.

— ¿Es este el que le gusta hacer crujir los huesos de sus víctimas? —dijo Aguilar.

—Su nombre es Félix Cordobés, y asegura haber asesinado a su mejor amigo con un bate.

Y no deseando permanecer por más tiempo en la incertidumbre, giró la perilla, y el crujido de la puerta al abrirse estremeció el silencio. Se ubicó frente al asesino que tenía una mirada inocente, y palpaba la mesa con los dedos.

— ¿Por qué lo hace? —preguntó Aguilar.

—Él ya no era el mismo de antes...

— ¿De qué me habla?

—Bien sabe de lo que le hablo.

—No, no lo sé... ¿Tú dímelo?

—Tuve que hacerlo... Le despedacé el cráneo con el bate, fui rápido y no le di tiempo para defenderse...

Sus ojos embalsamaron las lágrimas, casi como si tuviera pánico de romperse en mil pedazos, y se dejó caer en la mesa, abatido, apretando los dientes.

—Eres un maldito enfermo... —dijo Aguilar.

—Él tuvo la culpa...comenzó a gritarme, y hasta llegó a golpearme. Parece que olvidó los divertidos momentos que pasamos juntos.

— ¿Y se daban besitos?

— ¡No! El solo era mi mejor amigo, desde niños.

—Lo que te dolió fue que te haya abandonado... Seguro que se consiguió una linda chica.

—No... Eso no, nosotros hicimos un pacto de no separarnos nunca.

Preso de una especie de locura tiró la silla. El detective Aguilar ni siquiera se movió, lo que hizo fue guardar sus manos en los bolsillos de la chaqueta.

—Quédate quieto, si no quieres que te ate y te meta un ratón por el

trasero.

Se sentó de nuevo, y rompió a reír. El detective lo miró a los ojos.

— ¿Dónde está el cadáver?

—Los domingos en la tarde siempre jugábamos a las cartas, pero nunca llegó... era como si sintiera asco de ser más mi amigo y lo empecé a odiar...vino a despedirse, según él se iba de viaje.

— ¿Dónde dejaste el cuerpo...?

—Detrás de mi casa, allí lo enterré.

La casa era pequeña de tres dormitorios, el suelo de madera, las paredes pintadas de azul claro, el techo inclinado a dos niveles y las cortinas amarillentas. Vicuña subió y abrió la habitación que daba al este, había varios peluches encima de la cama y las paredes estaban raramente pintadas de fucsia.

Al bajar se topó con la sonrisa petrificada de Raimundo Troyano, el Director de la Unidad Especial de homicidios violentos.

— ¡Dónde está, detective! —dijo.

Aguilar oyó la voz de su jefe, fue un disparo directo a los nervios.

—No debió venir señor, yo me encargo de todo.

—No sea tonto, detective... no me iba a perder de su fantástica noche, acaso no sabe que acaba de resolver uno de los casos más difíciles...

La voz del conserje que había estado cavando por instrucciones de Aguilar los interrumpió.

—Hallé un bate autografiado por Sandro Cañizales.

—¿Y quién diablos es ese?

—Es un beisbolista no muy bueno.

—Mejor sigue cavando.

El bate era de un color café exuberante.

—No sé cómo ese hombre pudo cavar un hoyo tan grande—dijo Aguilar.

—Por cierto, detective ¿Quién está enterrado allí? —preguntó Raimundo Troyano.

—Serafín Panza, él dice que era su mejor amigo.

—Qué gracioso nombre...

Un viento negruzco pasó ligero y se escuchó un graznido que provenía del árbol de la casa vecina. De pronto, un hombre de nariz carnuda se abrió paso entre los oficiales.

— ¿Y usted quién es? —lo confrontó Raimundo Troyano.

—Soy Paulo Cordobés y esta es mi casa... ¿Y ustedes qué demonios hacen aquí?

Aguilar lo miró sonriente, que desde entonces solo había sonreído en raras ocasiones.

—Su hermano es el asesino del bate, confesó haber asesinado a

Panza —dijo.

—Es una broma, ¿cierto?

—Por qué debería serlo...

Cordobés guardo silencio por unos segundos, golpeándose la frente con la mano.

—Panza no existe —dijo.

—Claro que sí, está enterrado en ese hoyo.

—Detective, Serafín Panza es solo el amigo imaginario.

Se formó un puñado de silencio que le desencajó la sonrisa al detective.

—Oh, por Dios... —balbuceó Vicuña, que se apartó de Aguilar.

Los otros oficiales no se movieron, lo único que hicieron fue agazapar la cabeza para contener la risa, mientras que Raimundo Troyano hizo crujir sus dientes.

—Lo espero hoy en mi oficina, detective... Necesitamos un cartero —dijo, una voz que se desvaneció en la alegre tonadilla de los pájaros.

Mientras Félix Cordobés se quedó ahí arrodillado, esperando a que sacaran el cadáver, recordando a Serafín Panza cuando se deslizaban por el techo de chocolate, las magulladuras por culpa del esquíe volador y las constantes batallas con su indestructible villano, el monstruo de las doscientas cabezas.

//EL ABISMO

Una leve melodía melancólica rondaba por toda la mansión, y el calor era insoportable así que esa noche me hallaba desnudo envuelto en una suave cobija de seda. Supuse que podría ser la Sra. Elizabeth o el Sr. Ernesto pues era un viernes de bohemia. Decidí bajar a la sala a ver de quien se trataba y realmente era ella, mi señora que sollozaba en silencio en medio de una botella de vino y una cristalina copa. Su cabello liso y castaño, sus ojos de un color verduzco, desprendiendo esa pasión que, posiblemente me llevaría hacia el abismo. Sus labios finos, espesos y el ensueño de su figura que me causaba un fuerte trastorno emocional.

— ¿Se encuentra usted bien, Sra. Elizabeth? —le pregunté.

—¿Eres tú Sacarías? Ven... acércate.

Me senté junto a ella y vi sus ojos que brillaban bañados en lágrimas, duele verla así, que le estará ocurriendo si ella siempre ha sido una mujer tan alegre, tan afable.

—¿Por qué a mí, Sacarías? —me dijo en el momento en el que me abrazó.

—¿Qué le sucedió, señora? Confié en mí.

—Mi esposo está engañándome, en este instante está cogiendo con su amante.

—El Sr. Ernesto es incapaz de hacerle eso.

—Créelo Sacarías, es un maldito y lo va a lamentar.

No lo niego, y acepto que sentí un alivio; pues indudablemente la amaba en silencio. Así que le di una idea… siempre había sido un hombre ingenioso: que se consiguiera también un amante pensando que podría ser yo, pero no fue así, ella ya tenía su candidato, para ella seguiré siendo su mano derecha, su cómplice y su más servil sirviente. Entonces cuando el Sr. Ernesto Salía de la mansión, mi amada Elizabeth reía a carcajadas con su joven amante, cual aborrecía con toda mi alma. Luego lo llevaba a su habitación casi todas las noches mientras que yo me mordía la almohada de la ira, imaginándome como él le hacía el amor a la mujer que siempre había amado. Fue tan fuerte el amor hacia su amante que decidieron asesinar a mi amo, los escuché… escuché su más oscuro plan; pero lo que yo estaba pensando era aún más abrumador… Quedaré atrapado en el abismo eternamente.

12:35 a. m.

Los tres estaban reunidos en un solo lugar conformando el círculo umbral de un perfecto crimen. Cuatro botellas de whisky decoraban la sala hasta que el Sr. Ernesto se embriagara a tal punto que no se pudiera sostener por sí solo. Las horas se llevaban la noche más espesa donde la luna no se distinguía. Trasladaron al Sr. Ernesto a la habitación, y sin titubear el corpulento amante de la Sra. Elizabeth lo degolló sin una mínima compasión. La sangre le emergía de su cuello apresuradamente esparciéndose por toda su cama. Los observaba inmóvil junto a la puerta, no se percataron de que yo estaba allí, detrás de ellos, y me fui acercando poco a poco empuñando el cuchillo más afilado que saqué de la cocina, aquel que partía en pedazos la carne que usaba para preparar el bistec, que muchas veces saborearon. Sin darme cuenta me hallé sobre el maldito cuerpo del joven seductor, pues ya estaba muerto y de su boca brotaba una espesa espuma roja, ¿no sé cómo pasó? Cómo si una fuerza extraña me hubiese guiado. Los ojos de la Sra. Elizabeth se engrandecieron ante mi delirio, mi trastorno. La miré directamente cuando arrimé mi pecho en el suyo, la abracé con violencia y con un movimiento leve de mi cuchillo le fui perforando su abdomen liso, dócil, hasta que el filo se revolviera con sus vísceras. Un olor a flores comenzó a circular por toda la habitación, era su perfume, un olor a vainilla y a flores y dejé caer a la mujer en medio de la sangre que derramé en el silencio. Me dirigí hacia a mi cuarto, me desnudé y luego me cubrí con las cobijas de seda mientras la eternidad me atrapaba en el más oscuro abismo de la excitación.